

ECOS DE HUERCAL-OVERA

Pro Beatificación del venerable Sacerdote

==== D. Salvador Valera Parra ====

ABRIL, 1965

Depósito Legal: Al. 110-1964



UN CURA...

Un cura que nace, vive y muere entre los límites de la Diócesis de Cartagena.

Salvador Valera Parra, ¿lo conocéis?

Yo os lo presento, amigos.

Para muchos será una sorpresa estupenda descubrir que, en las alturas del siglo XIX era posible la Santidad sacerdotal en un sencillo cura de almas.

Pero los Angeles sonríen.

Y Dios también.

Don Salvador Valera Parra es uno de tantos Ministros del Señor, que por la Gracia de Dios, queman su vida como un incienso litúrgico a la sombra de un Campanario. Que supo vivir «Sacerdotalmente». Y ya estamos diciendo el secreto de su virtud. Si ahora aireamos sus hechos y escribimos su nombre es porque creemos firmemente que el Sacerdocio católico tiene mucho de inédito y desconocido.

Es un deber de justicia y de ejemplar edificación. «Una vida al servicio del Sacerdocio de Cristo».

Acaso el crítico encuentre descarnadas estas páginas. Carecen de empaque erudito, y quizás su literatura, por esquemática y simple, no redondee los oídos. Pero es mejor así. Los hechos y vida de un sacerdote, presentados con los brochazos sinceros de un agua fuerte es eso: vida caliente, inmediata, de pleno sentido, como las cosas de Dios. Y deja espacio para pensar.

Don Salvador Valera Parra...

Fue un varón de Dios...

Un Sacerdote de Cristo...

Un Cura que vivió...

Juan Hernández, Pbro.

En el «Imparcial», diario de Madrid, D. Luis López Ballesteros, Director del mismo, escribió una bella semblanza del Cura Valera. De él son las siguientes aco-

«Tenía 72 años cuando murió. Llevaba 40 de Cura Párroco del Pueblo. En sus últimos años, las piernas se negaban a sostenerle, su cuerpo enjuto se doblaba, y andaba trabajosamente, iluminado siempre el rostro por una sonrisa de bondad y contestando con dulzura al que le preguntaba: «Yo me encuentro bien, mis piernas, mal».

Jamás la cualidad dogmática del Catolicismo, el yo inmaterial, se presentará más claro a los ojos del observador.

El buen Cura sentía sano y limpio de toda mancha su

SEMBLANZA

espíritu y despreciaba el dolor físico, el aniquilamiento inevitable del cuerpo, la impotencia de sus

piernas, que se doblaban al peso de los años...

Los feligreses del Santo Cura, contaban al amor de la lumbre sus milagros...

Fue en vida implacable para consigo mismo; sobrio como un ermitaño, cruel para su cuerpo, macerado por el cilicio cuyo uso negó siempre; afable en el trato, indulgente hasta la exageración en el tribunal de la penitencia; caritativo hasta el punto de dar lo indispensable; orador persuasivo en el púlpito; severa la figura, dulce la mirada, y alto y enjuto hasta la demacración el cuerpo.

Vivió como un asceta y murió como un justo.

En una palabra... UN CURA...